

toda afirmación debe partir de algunas cosas que se aceptan y que se reciben como don. Desde esa postura es mucho más fácil que fe y ciencia se unan si uno acepta que el pensar humano en su plano humano ya supone cierta forma de fe o de aceptación de algo dado previamente. El pensar no significa que no tenga derecho a tratar de fundamentarlo todo. No sólo hay derecho, sino obligación, aunque siempre tenemos que reconocer que algo estará dado desde afuera antes de apoyarse en eso. Se tiene el derecho de ir lo más lejos que se pueda, buscando los fundamentos racionales, pero abiertos a lo gratuito.

El docente tiene la tarea de enseñar la verdad científica, la verdad que es también dar algo de Dios. Ustedes están mostrando a sus alumnos la sabiduría con que Dios creó el cuerpo humano y sus mecanismos. Anunciar verdades puramente científicas es un predicar a Dios. Lo importante es que esto se diga y se sienta. El médico, al dar la clase, debiera decir al Señor; “hoy voy a hablar de Ti, de las maravillas que has hecho en el cuerpo humano”. Lo que mantiene el amor es el diálogo, tal como en la vida matrimonial lo han experimentado. Cuando se debilita el diálogo, se va perdiendo la fuerza, la riqueza, las motivaciones de la vida conyugal. Con Dios pasa lo mismo; yo no puedo ser un creyente que extraiga fuerzas vitales de la fe para vivir mejor mi compromiso profesional si no estoy en ese diálogo de amor. La verdad, aunque siempre viene de Dios, debe ser ofrecida a Dios, de modo que en esa clase que voy a dar me voy a sentir testigo de El, porque al hablar de la verdad dada al hombre, daré testimonio suyo.

Para el investigador es muy importante esa motivación de no sólo querer descubrir las verdades que Dios con mucho amor creó para nosotros, sino que investigar también con anhelo, por amor a la verdad en sí, qué es Dios, pero también por amor a aquéllos a quienes espera poder beneficiar con su investigación. El docente está mucho más cerca del destinatario final, que es el enfermo, ya que parte de su docencia se realiza junto a su cama y tiene que enseñar no sólo las verdades, sino cómo servir con amor al hombre con su vida amenazada, siempre muy fiel a la verdad científica. La verdad ya es un valor en el plano humano, pero además es reflejo de Dios; por eso, el buen médico cristiano no debe ser sólo cariñoso (sería pensar que la religión hace “buenito”), sino como servidor de Dios de la vida, de la verdad y del amor, tiene que ser el mejor científico.

La verdad tiene otro peso si la sentimos como reflejo del misterio de Dios, ese Dios que es verdad personificada en el Hijo y que es también amor; entonces la docencia debe transmitir dos cosas: el servicio a la verdad con mucha consecuencia, el servicio de amor frente al paciente. Luego veremos los problemas que se plantean hoy en este servicio del amor, que también tocan al docente que debe enseñar con su ejemplo.

La computadora, símbolo del hombre moderno, pareciera decir que formar es transmitir datos, pero eso es falso. Una computadora nunca va a poder tratar a un paciente, sólo dará datos que sirven para tratarlo. El único que puede tratar al paciente es una persona. Hoy día la tendencia lamentable, que rebota en la medicina, es la de pensar que la formación consiste en la acumulación de datos. Sin embargo, la clave es todo lo que se refiere a la actividad personal del médico frente al enfermo, ya que por allí tienen que pasar los datos acumulados.

Una relación personal es vital en el proceso terapéutico y eso debe ser enseñado, sobre todo con el ejemplo. Tal vez debería haber también algunos cursos de pedagogía pastoral y actitudes pedagógicas del médico. La actitud frente al enfermo hay que enseñarla como algo fundamental en una profesión tan humana que compromete al hombre entero. Para que el tratamiento sea eficaz, la relación personal es fundamental y ello no es sólo válido en la Psiquiatría, o Psicología, sino que para todo médico. Esta actitud forma parte de la vivencia de la profesión, haciendo al médico servidor de la vida, y testigo del Cristo buen samaritano, es decir, un testigo de la presencia del Dios de la vida en medio del sufrimiento humano.

Ustedes recuerdan esa parábola donde hay un herido por asalto en el camino. Pasa un sacerdote, luego un levita; todos ellos buenos israelitas, y siguen de largo. Más tarde viene un extranjero, de otra raza, un samaritano representando al Dios que viene de afuera. El dilema: ¿Irse? ¿Bajarse del caballo? A veces hay médicos a quienes los enfermos sienten que entran a caballo a la sala, que miran desde arriba, y lanzan su diagnóstico, pero que no se bajan al dolor del otro. Ese signo, el samaritano, el hombre que viene de otro país y se baja del caballo, es el Dios que se encarna, que baja a la tierra. Dios quiso venir a estar junto al hombre que sufre, no sólo para aliviar su sufrimiento, sino que para asumirlo también. Cristo quiso gustar la angustia del huerto de los olivos y el abandono en la cruz. Dios quiso pasar por esas experiencias humanas para poder darle sentido. El buen samaritano no sólo echa un poquito de aceite en las heridas del paciente, sino que después lo encarga al posadero. Ese es también el gesto del médico, que al irse no deja el puro papel, sino que habla con la enfermera o la auxiliar, y deja el encargo personal de cuidarlo a su nombre, como lo dijo el samaritano al posadero.

Aquí, en ese diálogo con el enfermo, es donde se va mostrando hasta qué punto el médico es un evangelizador, aun sin hablar del evangelio, que anuncia a Cristo reflejando la actitud del Señor frente al hombre que sufre. Ustedes tienen también un privilegio al enfrentar hombres que están en una situación particular, que los hace especialmente abiertos al Evangelio, y a su vez a alumnos que se supone tienen algún interés cristiano. Es obligación el mostrar una personalidad de médico cristiano que resulte atrayente, que mueva a imitarla. Los alumnos deberían ver que el médico cristiano tiene formas de ayudar al hombre enfermo que no tiene el no cristiano. El no creyente está desvalido frente a muchas necesidades del paciente, que está en una situación en que se empieza a plantear las grandes preguntas. El sufrimiento siempre entraña la posibilidad de la muerte; el sujeto está en el hospital porque tiene alguna cosa grave, o si no lo es puede tornarse grave. Allí, varios días está solo; tiene tiempo para pensar en las cosas importantes que el activismo moderno no deja ver. El enfermo también en su casa tiene largos momentos de soledad y se empieza a plantear preguntas que no había tenido tiempo de plantearse. Revisa su vida, cómo le ha ido, su situación personal, su relación con los ideales que otro tiempo tuvo o que tal vez trata de conservar; revisa su vida familiar, una por una la relación con los hijos y con la señora, la relación con Dios, las preguntas religiosas, las preguntas sobre la muerte.

El otro día, conversando con un grupo de voluntarias de Cáritas, decían algo muy interesante de su primera experiencia en un hospital y que fue sorprendente para ellas. Entraron a un lugar de sufrimiento esperando encontrar

una atmósfera tensa. La impresión que tuvimos es de entrar a grandes claustros donde reinaba una paz de monasterio. Esa gente está sufriendo, tiene angustias, pero está vuelta hacia adentro. Terminó el ruido del activismo y cada uno está trabajando cosas muy serias. Así, en el ambiente externo hay un silencio, una tranquilidad extraña. Al entrar al hospital se acaba el ruido de afuera y se palpa que esa gente enferma en medio del dolor y de la angustia está trabajando en honduras. Hay ese silencio que es signo de una actividad que no mete ruido, porque es muy profunda, que ocurre en el corazón de cada paciente. Es fácil que se abran a Dios. Toda situación da origen a una alegría, como por ejemplo en la maternidad, donde el regalo del nuevo ser es algo tan maravilloso, que incluso hombres apartados de la fe experimentan una emoción religiosa cuando les nace el primer hijo, emoción que aunque no se han acercado a la Iglesia en años, les hace proponer: vamos a bautizarlo. El don de la vida mueve a dar gracias y tener gratitud por esa cosa maravillosa que es el primer hijo.

Puerta frecuente en el ejercicio de la medicina es la vía del sufrimiento y el dolor. Cuando en soledad está el hombre haciéndose esas preguntas de fondo y buscando respuestas que no buscó antes. Si el médico le da a entender que lo quiere, que a través del cariño con que lo trata le manifiesta que tiene valores que él ahora, ¡qué fácil es que empiece a entrar en Dios por la puerta del sufrimiento! gran puerta es ésta por la cual Dios entra en la vida del hombre. Aprecien qué importante es el trato. Como sacerdote, a uno le cuentan tantas cosas y experiencias en los hospitales, donde el paciente nunca va a poder juzgar la calidad técnica, científica del hospital, pero sí apreciará el trato y qué hay tras esa calidad.

El enfermo está sufriendo y está solo, y la primera pregunta que se hace a sí mismo es ¿qué significa o significó mi vida? ¿qué significa ahora que estoy alejado de mi familia? Allí se prueba la verdad como ser humano y ese anhelo de buen trato significa su necesidad que le demuestren que no es una cosa a quien le ponen un termómetro, le registran, chequean y le dejan. El paciente descubre la necesidad que alguien le confirme que vale como persona, que es por eso valiosa y que si muere, su muerte no será como la de un perro. El trato humano extraordinario, tal vez, en algunos casos importa más que el remedio. El enfermo está esperando al médico para sentir un estímulo y una palabra de esperanza humana y no tanto para recibir la orden de tomar dos o tres pastillas.

El enfermo que está esperando eso, y que por ese proceso interior se ha quitado todas las máscaras, anda buscando desesperadamente verdades fundamentales y quiere encontrarse con ellas. Sin embargo, muchas veces encuentra que las personas que se le acercan vienen con máscara —la máscara puede ser un delantal blanco. Existe la tendencia a entender el profesionalismo verdadero, como ponerse una máscara, un disfraz, para ocultar el ser humano que hay detrás y que tiene cariño, que es cristiano: se pretende dar una forma anónima, muy técnica e impersonal que deja defraudado al enfermo y no contesta sus preguntas fundamentales; preguntas que no necesitan tener respuestas conceptuales, sino vitales. Este profesionalismo conduce al anonimato y a la despersonalización del ejercicio de cada una de las profesiones.

Uno de los ejemplos más graves es el de la profesión médica y es distinto a lo que pasa con los otros profesionales de la salud, porque el personal auxiliar no puede parapetarse detrás de un distintivo de médico o enfermera profesional; no tiene tantos títulos, es decir, no tiene un caballo tan grande en que subirse y cabalga en mampato. Tiene sólo un pequeño título que, al entrar cabalgando en mampato, queda más o menos a una misma altura de la cama. Así, aunque no se bajen de su caballo pequeño, logran un trato más humano. Muchas veces uno pregunta a la gente enferma cuál fue la persona decisiva y resulta que ella fue un auxiliar, enfermero o camillero, que sin conocimientos técnicos ni científicos, se dio cuenta de que a este enfermo le tenía que decir algo tan simple, como por ejemplo: ¿cómo ha amanecido?, ¿cómo anda el ánimo? La gente sencilla pone lo humano antes que lo técnico o profesional. ¿Cómo puede ser que personal formado en una Universidad Católica pueda aparecer menos humano y menos cercano y con vergüenza de ser cristiano en relación a la auxiliar que puede preguntar con mucha más simplicidad? ¿quiere que llame al capellán?, ¿quiere que le preste la Biblia?

Quiero referirme a la idea de que lo profesional es desligable de su condición de creyente. Es cierto que es distinguible, pero no desligable. No se puede sacar la cruz cuando se pone el delantal blanco. Se sigue siendo cristiano, de modo que hay que trabajar con el delantal de profesional, pero también con la conciencia y la actitud de cristiano. Así, hay oportunidad de dar testimonio, con palabra o sin palabra, simplemente con la actitud cristiana del evangelizador.

En esto hay dos influencias culturales importantes: por un lado una falla de la propia Iglesia, que antes del Concilio era muy clerical y pensaba que sólo al sacerdote, religioso o religiosa, era a quien correspondía anunciar la fe. Los laicos escuchaban lo que ellos decían y creían. La otra influencia es la del liberalismo individualista, por la cual la fe es una relación personal con Dios y dado que es tan personal de ella, no se habla. Esto generó los cristianos "a su manera" ejemplificados cuando al sacerdote se le dice: "padre, yo soy cristiano, pero a mi manera"; eso significa que no es a la manera de Cristo, sino a la suya propia. Este ser cristiano a su manera, y eso de "la fe me la guardo para mí", impiden dar testimonio y anunciar, a pesar de que el Concilio nos ha recordado que toda la Iglesia es evangelizadora, que todos somos apóstoles, que desde el bautismo fuimos convertidos en misioneros. El laico tiene que buscar la oportunidad para dar el testimonio de la palabra. El apostolado del testimonio es el fundamental en lo profesional, aunque de repente la persona a evangelizar hace preguntas que exigen una respuesta explícita, religiosa; no hay que tener vergüenza de darla, sino alegrarse de poder prestar esa ayuda. El clericalismo de la Iglesia preconiliar y la influencia de la mentalidad laicista han llevado a esta separación, en que aquí soy profesional, y allá (el domingo en el bautizo, en el matrimonio) soy creyente.

Recuerdo que en un encuentro, a principios de este año, donde se presentaba la experiencia en colegios católicos y fiscales del uso de un librito editado por la Comisión Nacional de Pastoral Familiar sobre formación sexual, alguien contó que un grupo de profesores había declarado que no podían enseñar su contenido, que era muy hermoso, porque consideraban que no era sólo doctrina y era necesario tener autoridad moral para vivirlo, autoridad

que no se reconocía. Las verdades de fe son tan vitales y tan profundas, que si no se las está viviendo, no se las puede dar y se transforman en una suerte de teatro. Hay una exigencia de comprometerse más con la verdad, especialmente cuando se la transmite a otro; es un desafío que nos cuesta aceptar. El empezar a hablar de ciertas cosas pueden hacerme sentir hipócrita, pero por otro lado, me puede empezar a convencer de que decida tomar en serio lo que digo ser, con todos los cambios que ello trae.

En la preparación del médico en el campo de su vocación de evangelizador hay que enseñarle a encontrarse con Dios y en la investigación a unir fe y vida. Tal vez la Escuela de Medicina Católica tiene fallas institucionales. Tal vez la Pastoral Universitaria no ha sabido integrarse, impidiendo que la Pastoral sea una, y la docencia puramente científica, otra.

Quisiera ahora referirme a los condicionamientos culturales que dificultan la síntesis de fe y vida, el diálogo entre ciencia y fe, y esa conciencia evangelizadora del médico. Ayer el Dr. Roa trajo la expresión “mutación cultural” al referirse al tiempo de Pericles. Hoy la Iglesia del Concilio Vaticano II dice que hay signos de que estamos en el inicio de una nueva edad en la época humana, afirmando que la humanidad está enfrentando un cambio sólo comparable a aquel que se realizó en la prehistoria y que significó el paso de la vida nómada a la vida sedentaria, con la posibilidad de la civilización del trabajo en común.

A propósito del nomadismo físico de Moisés, quien durante cuarenta años dio vueltas por la península de Sinaí, existe un chiste de dos judíos que comentaban esto y decían que al final el tonto de Moisés se instaló en el único lugar donde no había petróleo. Sin embargo, Moisés, en ese caminar en cuarenta años, recorrió mucho menos de lo que nosotros hacemos en un viaje cualquiera. La capacidad de desplazamiento físico actual es enorme; sin embargo, lo más impactante y lo que más nos está remeciendo, es lo que podríamos llamar un nomadismo intelectual, donde los conocimientos pioneros se están moviendo con tal velocidad que casi no los podemos seguir. Se nos muestra un mundo nómada hecho de puro movimiento. Recuerdo haber encontrado a un chiquillo yanqui de 21 años en un curso de alemán que hice años atrás en Alemania, el que estaba perplejo al haber descubierto que todo es movimiento, que la materia está hecha de movimiento de energía y que la energía en último término es movimiento. Llevando hasta la últimas consecuencias el argumento, me decía: “si todo se está moviendo, Padre ¿qué hacemos? Incluso al hablar, cuando se está diciendo algo, eso ya es de otra manera; ¿qué hacer y de qué afirmarse? El hecho de poder desplazarse físicamente, el de sentir el movimiento y ver todo el mundo en movimiento, y el cómo nuestros propios conocimientos están evolucionando, constituye un mareo existencial que estamos experimentando.

Hasta el siglo XVIII, en que el hombre se estableció en ciudades, la vida no cambió casi nada. El vestido era de género más o menos parecido, hecho a telar; se alumbraba con antorchas y se andaba en carros tirados por caballos. A pesar de que en tiempo de Napoleón había ya ciertas cosas distintas, como la pólvora, la vida de Napoleón y la de un faraón egipcio de 4.000 años A.C. tenía muchas menos diferencias que las existentes entre Napoleón y nosotros. Todo lo que ha pasado en el último tiempo en cuanto a avances científicos y técnicos, el cambio de la visión del mundo de la historia, la eva-

luación, todo ello, creo, hace que estemos en un momento de cambio muy profundo. Ahora empezamos a ser ciudadanos de un mundo donde todo se está moviendo y todo está evolucionando.

La Iglesia ha acusado el impacto de esto en el Concilio y también en Puebla. En Puebla es muy fuerte esta conciencia de cambio de época y es especialmente fuerte desde el punto de vista latinoamericano. La gran novedad de Puebla es que se plantea el vivir la fe y transmitirla en el contexto de una cultura; un cambio, no sólo de la cultura universal que está cambiando, sino del impacto que el cambio de ella tiene en la cultura latinoamericana. Nuestro complejo de inferioridad consiste en que cuando nos califican otros lo que somos, les creemos dueños de la razón, porque son más ricos, tienen tecnología y aparatos complejos. Ellos son entonces quienes diagnostican lo que somos y lo creemos. En esto no sólo hay un complejo de inferioridad, sino que ciertas veces llega a convertirse en un masoquismo. Un buen ejemplo es oír que somos pobres. Yo he dicho siempre que el latinoamericano no es pobre: padece pobreza, lo que es bastante distinto. Al latinoamericano no hay que hablarle en primer lugar de lo que sufre, porque para superar esas dificultades que le afligen hay que desplegar fuerzas, fuerzas que provienen de lo que se tiene, de lo bueno que se posee. A un hombre lo primero que hay que hablarle es de sus posibilidades, de lo que en él está vivo y no de lo que le falta. Puebla en ese sentido ha traído una revolución respecto de la auto-comprensión del continente, sobre todo por parte de los cristianos. La cultura que nos etiqueta, y cuyas etiquetas aceptamos, es una cultura con muchos problemas y que va llegando a un nivel de deshumanización y de despersonalización de la vida. No es nada de claro que sea una cultura generadora de progreso. La ciencia progresa sin duda con acumulación de conocimientos y de medios; el progreso científico-técnico debe traducirse en progreso humano. Sin embargo, cada vez tenemos más medios, pero menos claridad acerca de los fines al servicio de los cuales ponemos la energía atómica y el instrumental que las distintas ciencias van aportando, y que el profesional y el médico usan para sanar o herir al hombre en las zonas más profundas de su ser.

Me acuerdo que al pasar por EE.UU. el año 1965, estaba la feria mundial de Nueva York; parecía una catedral al dios progreso. ¿De qué progreso se trata?, ¿es progreso humano? Cuando vemos las estadísticas de disolución de familias en EE.UU. y en Europa Occidental: ¿Qué es progreso? ¿Tener más familia o tener mejores aviones o televisores? Se supone que el progreso estaría al servicio del hombre y, sin embargo, crecen la neurosis y las enfermedades psicológicas, porque las cosas más humanas se están disolviendo en los países más ricos. ¿Qué difícil es medir progreso! ¿Quién es el más culto para hacerlo?

El documento de Puebla nos habla de hombres cultos o de cultura en el sentido de la Ilustración. Se parte de la cultura en un sentido antropológico; en que cada pueblo intenta responder a los desafíos de su vocación humana, y los resuelve a su manera. Como es muy difícil decir qué cultura es mejor, el punto de referencia tiene que ser el hombre y no el avance de la tecnología. La tecnología por supuesto que tiene implicancia humana, ya que debe existir para servir al hombre. Su mal uso puede destruir al hombre, como lo prueban las experiencias traumatizantes de este siglo, que han sido las dos guerras

mundiales. El siglo XIX soñaba con un siglo XX idílico; sin embargo, los conocimientos científicos se pusieron al servicio del armamentismo y como resultado hemos tenido dos guerras como nunca las había sufrido la humanidad, especialmente la última con su holocausto atómico. La humanidad se ha cuestionado muchas cosas y Puebla se hace eco de ellas atreviéndose a mirar a América Latina con ojos cristianos y no con ojos ajenos de países “desarrollados”. Así descubre que tenemos enormes riquezas, como por ejemplo: ser un continente religioso. La postura religiosa, fe en el sentido positivo o negativo de religiosidad, constituye el sustrato más profundo de la cultura, porque a ese nivel se define la posición del hombre o de un pueblo frente a los valores absolutos y trascendentes que funda todo lo restante. Lo que yo piense acerca de Dios, si hay Dios o no lo hay, fundamenta el plano ético, y adquieren otro sentido los valores éticos que juegan en el mundo de la familia, de la política, de lo social. Todo se decide en pro o en contra del hombre, según haya o no valores éticos; esos valores éticos tienen distinto peso si hay o no sustrato religioso. El valor humanista de la fe y de lo religioso es valorado en Puebla, especialmente aquellos valores humanos que se han dinamizado gracias al hecho de ser nosotros un continente cristiano. Veamos, por ejemplo, la solidaridad fácil que se da en el pueblo sencillo cristiano, la capacidad para mantener su dignidad en medio de la pobreza y del sufrimiento, cuán tranquilamente mueren los pobres, familiaridad con todos los procesos naturales de la vida, riqueza que viene de una paz que da la fe. Monseñor Fresno nos contó cómo murió su mamita cuando, teniendo cerca de ochenta años, llamó un día a toda la familia. Hizo que la peinaran, le pusieran ropa nueva y le dieran unos huevos revueltos. Después les habló diciendo: “les he llamado a todos para agradecerles y pedirles que se sigan portando bien y sigan unidos. Hasta luego ¡porque me voy a morir!”. Cerró los ojos y se murió.

Cuando pensaba ser sacerdote, lo hacía al principio con la imagen de un predicador; nunca imaginé que iba a estar tan cerca del dolor y de la muerte como un médico, sobre todo cuando trabajé en parroquias. Allí, durante quince años he aprendido la fe de la gente más pobre, que tiene una paz cristiana impresionante. ¡Cuán humanos son! ¡Qué humano es nuestro pueblo sencillo! Esas riquezas humanas las tiene porque es cristiano. Puebla ha valorado todo eso sin dejar de ver la otra cara de la verdad que en un pueblo, en que todos (o el 90% de él) reconocen la dignidad de Hijo de Dios en cada hombre y lo define como hermano, haya pobreza endémica, desigualdades, injusticias. Somos un pueblo bautizado y con muchas riquezas que nos vienen del bautismo, pero también somos un pueblo de grandes pecados y con pecados que son más graves entre nosotros por nuestra propia definición de cristianos. Que un hindú pase insensible frente al dolor de un paria es más explicable, porque cree en una filosofía por la que el paria, en su futura reencarnación, puede salir más favorecido. Pero que un rico pase insensible frente a un pobre, si ese rico es cristiano, el hecho tiene un carácter de escándalo. Externamente pueden ser iguales los dos ejemplos, pero moralmente tienen una gravedad distinta.

No hay que tener una visión idílica de nuestra cultura, pero sí un enfoque propio desde adentro, ver todas nuestras riquezas, nuestras fuerzas, los valores humanos. Debemos sacarnos la etiqueta que nos pusieran otros, ale-

granos de ser latinoamericanos en la medida que tenemos mucha riqueza, pero, también, mantener la conciencia realista de nuestros pecados. Desde esta perspectiva se plantea el choque con la adveniente cultura universal liberada por las grandes potencias, basadas en el desarrollo de la ciencia y la técnica; una cultura que endiosa la eficacia por la eficacia y donde parecieran ser más importantes las cosas que las personas, el tener que el ser. El llamado de Puebla no es a cerrarse como el Ayatollah en Irán. Tampoco dejarse tragar inocentemente sin defensa, como lo propician algunos sectores en Puerto Rico, que ven la yanquización total como la gran solución; es un llamado a aceptar todo lo que aporte la civilización urbana, industrial, científica o técnica, pero sin dejar que se nos robe lo que forma parte de nuestra alma, el valioso núcleo humanista religioso. La síntesis de Puebla sueña con esa civilización del amor, con una cultura que redescubra al hombre, redescubra a Dios y redescubra la síntesis del pensar científico y de la fe.

Estamos superpuestos en este proceso. La posición de Puebla está germinando dentro del invierno. Por un lado vemos corrientes de dosificación, despersonalización cada vez más acentuada. Pero en la misma medida en que esto se agrava, van surgiendo a todo nivel corrientes de autodefensa, de rechazo. Es un tiempo de grandes problemas, pero también donde empiezan a brillar esperanzas hacia el futuro. En este contexto es que el Papa y los Obispos llaman a América Latina "continente de la esperanza". Nos incitan a no dejarnos deslumbrar, etiquetar ni convertir en séquito de ninguna de las dos potencias y sus satélites; no aceptar la visión del hombre y su futuro y de la cultura que nos ofrecen las ideologías materialistas, ya sea en la línea de un liberalismo capitalista o un socialismo marxista. Tenemos que atrevernos a creer que la fe puede ser raíz dinamizadora de una cultura nueva de síntesis, que sin renunciar en nada a los aportes de la ciencia moderna y de la técnica, sea capaz de ser moderna y creyente, de demostrar que fe y ciencia se integran y que de esa síntesis surge una plenitud humana especial.

Para llegar a eso, que es fácil decirlo, tenemos que superar grandes obstáculos acumulados a lo largo de cuatro siglos y que conviene recordar.

A partir del Renacimiento se produce un gran corte entre la relación ciencia y fe. Empieza la ciencia moderna en su sentido técnico: el hombre descubre una nueva forma de utilizar su razón. El hombre medieval, el hombre antiguo era un hombre religioso, no sólo en un sentido positivo —porque de hecho cultivaba la religión— sino también en un sentido negativo porque no podía ser otra cosa. El hombre no tenía el instrumental para descubrir las leyes científicas, como sucedió a partir del siglo XVI. Ayer se nos mostró, como un progreso tal vez inaparente de la óptica, cómo fue el descubrimiento del lente, que permitió que la razón empezara a plantearle a la naturaleza preguntas que no le podía hacer antes.

En general, antes el hombre se sentía desvalido de medios y, aunque había inventado algunos instrumentos, hasta después del Renacimiento (en que se inventa la máquina) el hombre sentía que estaba limitado para ir más allá; debía preguntarle a Dios, al Papa y a la Iglesia. La Biblia era el gran libro que permitía ir un poco más allá de donde llegaba el ingenio humano. De repente en el siglo XVI, en occidente, donde se produce el gran salto cultural entre un período de adolescencia a uno en que se pueden pensar cosas nuevas, hacer cosas independientes, el hombre empieza a usar su razón en una forma

autónoma con respecto a la fe, porque descubre el modo de hacer preguntas y no necesita que le responda la fe, que no puede responderle. Crea medios para escuchar las respuestas de la misma naturaleza, a quien le empieza a preguntar cómo funciona, cómo es en su intimidad. La cantidad de respuestas le van develando mecanismos de la naturaleza que él puede usar a su servicio y empieza a embriagarse de la alegría y de la sensación de poder.

Es homologante al chiquillo que ve que ya puede echarle carrera al papá y lo desafía, aunque el papá lo gane; el próximo año estará más grande y ya serán empates, y luego empezará a ganar. En esto hay todo un proceso legítimo de independencia, de autoafirmación, de rivalidad y de tensión, que es propia de la etapa de la adolescencia. Algo de esto pasó en la relación ciencia-fe y ciencia-iglesia, con el agravante que en la relación hijo-padre, el padre siempre es más maduro que el hijo y entonces puede preguntar, consultar la experiencia de otros y lograr entender lo que le pasa al hijo. En el desarrollo de la cultura occidental la Iglesia era tan adolescente como el científico, ya que era parte de la misma cultura; era la misma humanidad convertida en Iglesia y era la única madre a la cual se le preguntaba. ¿Qué pasa cuando una cultura llega a este momento en que empieza a usar su razón independiente de la fe, sin tener modelos o ejemplos previos? Viene un desconcierto muy grande. La madre se pregunta si esta independencia del niño, este afán de contradicción es sano; si es bueno que aprenda a pensar solo, pero ¿cuál es el límite entre el hijo rebelde y el hijo que simplemente va conquistando una legítima autonomía?

La Iglesia no tiene parangón para entender lo que está pasando en la relación con la fe; del lado de la ciencia pasa lo mismo. Siempre los valores nuevos tienden a absolutizarse, existiendo la tentación de muchos científicos de oponer las riquezas que su racionalidad científica va descubriendo, a esos conocimientos tan antiguos, exaltando desmedidamente y absolutizando lo que van descubriendo. Así, surgen tensiones en que hay culpas de los dos lados. Juan Pablo II dio ejemplo al pedir perdón oficialmente por todas las incomprendiones de que fue víctima Galileo. La Iglesia ha reconocido su parte y creo que la ciencia también. Me acuerdo que mi papá, de quien al final puedo decir que creía en Dios, aunque no era cristiano y lo lamentaba, me decía que desgraciadamente no tenía la fe, lo que era producto de la época en que fue educado, los años veinte, en que ser científico era casi sinónimo de ateísmo. Fueron muy pocos los que pasaron por la Universidad, y sobre todo en medicina, sin abandonar la fe. Todo lo concerniente a la evolución estaba en contraposición con la fe y era muy difícil pensar que la síntesis era posible. Qué distinto es ahora, cuando los médicos jóvenes no tienen ningún problema en declarar su fe. Ha cambiado la postura en los dos lados. Todas esas tensiones entre Iglesia y ciencia han vuelto más humildes a los dos polos.

La Iglesia ha tenido que aceptar, como madre resignada, que los hijos crezcan y sean adultos autónomos. Debe recordarles algunas cosas, pero tiene que alegrarse de la autonomía. La ciencia se ha ido poniendo más humilde, reconociendo también lo relativo de su conocimiento. Hace poco leía la definición de ley científica, que ha pasado del dogmatismo ideológico de un Marx en sociología, y de todos los dogmatismos del siglo pasado, a la definición actual de la ley científica, que sólo es una probabilidad todavía no desmentida por ningún experimento. ¡Qué modestia! El descubrimiento de la

inmensidad de la inteligencia, o el hecho que todo o que muchas cosas puedan reducirse a fórmula matemática, dando una armonía matemática al universo, ha llevado a muchos científicos a una experiencia religiosa. Arturo Aldunate Phillips, en su último libro, citaba una respuesta de Einstein que ha estudiado la luz y ha tomado su velocidad como valor especie-absoluto ante la pregunta ¿qué podría decirnos de la luz? Su respuesta fue: “La luz es la sombra de Dios”. Einstein muestra una vivencia religiosa entendida en un sentido amplio: ante la maravilla de lo que descubría reconoció una inteligencia universal. Este acercamiento ciencia y fe se va produciendo; creo que el hito decisivo del punto de vista cristiano ha sido el Concilio Vaticano. La Iglesia, a partir de las primeras tensiones en el siglo XVI, se fue sintiendo arrinconada por la ciencia. El gran ataque en el siglo XVIII es la Ilustración racionalista, primero anticlerical, y después decididamente atea. La Iglesia vivió a la defensiva en todos sus planos, lo que culmina en el siglo pasado. Recordemos que en Chile alcanza gran virulencia con la lucha del laicismo, el asunto de los cementerios, los hospitales y de las escuelas.

La Iglesia, sintiendo que este pensamiento moderno la amenaza, se atrincheró hasta el Concilio Vaticano II, donde oficialmente la Iglesia reconoce el don de Dios, que es la ciencia y la técnica, el deber de alabarlo por haber permitido al hombre conquistar tantos triunfos. Se expresa con una frase muy linda: “las victorias del hombre no opacan la grandeza de Dios, sino por el contrario”. Tal como el éxito de los hijos debe enorgullecer al padre, y no hacerlo sentir postergado si ellos lo superan, en este caso no existe la posibilidad de superar al Padre Dios, pero debemos alegrarnos que Dios le haya dado al hombre la posibilidad de crecimiento de los últimos siglos. Tanto de parte de la Iglesia, como de la ciencia, hay muchas acciones que están favoreciendo este encuentro. Todavía quedan obstáculos. Después de cuatro siglos de tensiones fuertes, existe una impregnación cultural que hace difícil vivir la fe, ser creyentes y evangelizadores a pleno motor en el ejercicio de profesiones laicas. Se ha creado una visión dicotómica de la realidad, de la religión y la ciencia, en que la religión no supo aceptar que la ciencia es autónoma y a su vez la ciencia trató de absolutizar lo suyo. Si la ciencia afirma que no hay más verdad de la que se descubre y se niegan otros caminos de acceso a la verdad, como el de la razón filosófica o teológica, sería como afirmar que no hay más peces en una laguna que los que se sacan en mi red. Si la red tiene agujeros muy grandes no puedo sacar los chicos, de modo que no puedo afirmar que no hay otros peces. El uso de la razón es como el de una red que puede tomar un nivel de la realidad, pero que no puede afirmar que no haya nada más de lo que yo, con esa metodología, veo o descubro.

En esta dicotomía, la Iglesia elogia lo suyo y la ciencia exagera lo propio. El problema está en que el laico cristiano está metido en dos áreas, siendo cristiano y practicando una profesión o estudiando una ciencia. Todo lo natural tiene una causa natural; cada hecho que sucede tiene un antecedente natural al cual está ligado. El peligro es decir que sólo hay cosas naturales, en vez de afirmar que todo tiene una causa natural. Algunas corrientes teológicas, especialmente protestantes, piensan que a Dios no le queda hueco. El contagio también ha llegado a grandes teólogos católicos que piensan que lo mundano sólo lo explica la ciencia, de modo que la religión tiene que quedar

afuera, guardándose para las respuestas de las preguntas trascendentales, como el sentido de la vida, de la muerte, etc.

Si yo miro la realidad, Dios está al comienzo. El me creó y echó a andar el mundo, sus leyes; también lo voy a encontrar al final. Si ahora miro a mi alrededor, no veo a Dios, sólo la interacción de múltiples causalidades naturales que se explican por leyes naturales. Aunque parezca, ello no es toda la verdad, porque el que todo tenga una causa natural no significa que no hay hueco para Dios. ¿Qué son las leyes naturales para nosotros, creyentes? Esas leyes Dios las dio. Son órdenes que se mantienen porque alguien, El mismo, lo está manteniendo; las leyes naturales son la expresión de un querer de Dios que las cosas funcionen de determinada manera. Las piedras caen, no porque hay una ley que está haciendo que caigan; lo hacen porque Dios está manteniendo un orden, que es la base para que podamos actuar. Si todo fuese un desorden, y Dios estuviera cambiando el funcionamiento del universo, se nos impediría crecer. Tiene que haber un sustrato ordenado para que podamos apoyarnos y avanzar. Nuestra planificación supone así un orden que lo está manteniendo Dios siempre. Dios podría cambiar el orden y transmutar la materia para que obedeciera a otras leyes. Lo puede hacer tal como de la nada creó este universo. Sin embargo, Dios se sitúa a otro nivel, al nivel de lo que la filosofía ha llamado la causa primera.

La afirmación de las causas segundas no excluye la acción de la causa primera, la cual está a otro nivel y no compite con las causas segundas. El ejemplo más simple es el del cuadro del pintor y del pincel. Se puede decir que todo el cuadro fue pintado por el pincel y también puedo decir que todo fue pintado por el pintor, sin demostrar oposición. También puedo decir que todo se explica por leyes naturales, pero si sé que esas leyes son un querer divino permanente, también puedo ver la acción de Dios en lo que suceda regido por esas leyes. Estas leyes son como el pincel con que Dios pinta la historia del universo y la de nuestra propia vida. Esto es importante porque, siguiendo con el ejemplo del cuadro, se puede analizar el cuadro desde dos perspectivas; una con microscopio, descubriendo lo que hizo el pincel, cuántas manchitas, qué pintura; a lo mejor encuentra un pelo del pincel prisionero y se analiza su constitución. Pero también puedo preguntarme qué quería el pintor, porque sé que hay un pintor detrás, ¿cuál es el estado de ánimo que refleja o quería destacar? ¿conozco la vida del pintor? Esto permite que la visión científica y la religiosa se integren. En el hecho, lo que hace la ciencia es preguntar cómo se mueven los pinceles con que Dios pinta la historia y la humanidad, es decir, la ciencia descubre mecanismos. La religión, a la misma pregunta, le da una tonalidad distinta, por ejemplo si alguien que está preguntándole a una molécula cómo actúa o a una célula cómo funciona, es distinto si entiendo que se está preguntando a una cosa o a la persona que está detrás de esa cosa. Al preguntarle a Dios cómo hizo tal o cual cosa, no lo va a responder por revelación divina, lo hará a través del resultado de la investigación. El científico que hace la pregunta ¿cómo? se puede sentir dialogando con Dios, puede sentir que le está preguntando a Dios cómo hizo eso y pedirle su ayuda para descubrir su sabiduría. En la medida en que haga esto, el buscar las leyes naturales, se va a convertir (o el descubrir un lugar de encuentro con Dios) en un momento de diálogo.

Ser científico y buscar la verdad natural será buscar a Dios. La pregunta que la ciencia dio por insoluble, sobre todo con Kant, es saber quién es esta persona, quién es por dentro. La religión mantiene vigente la legitimidad de la pregunta, porque la fe nos dice que podemos saber quién es Dios, aunque sea entre nubes (como dice San Pablo) aunque sea a través de un espejo. Esto implica que de algún modo puedo conocer lo que son las personas y lo que son las cosas, aun sin llegar a penetrar a un misterio total del ser. Creer en Dios y afirmar que sabemos cómo es Dios, que es como nos lo reveló Jesucristo, un Dios trino, significa afirmar que la pregunta inicial conserva validez y permite a la religión preguntarle a la vida —y a esos mismos procesos que estudia la ciencia— otras preguntas: ¿por qué y para qué? El médico, a la señora que tiene su hijo enfermo, le explica el cómo. A esa señora le interesa ciertamente la respuesta, porque le permite dar el remedio adecuado y salvar al hijo, pero hay otras preguntas, las más humanas de todas, que sólo se le pueden dirigir a Dios y las cuales son muy importantes: ¿por qué esta enfermedad a mí? ¿por qué ahora? Para ellas no hay respuesta científica, sólo hay la respuesta de una religión. Cuando Dios creó esas leyes naturales, sabía que en este momento iban a confluír estas dos leyes que El creó y que en tal situación ese hijo se iba a enfermar.

Así, es legítimo plantear una pregunta que la ciencia no pueda contestar, pero que sí puede hacerlo aquel que está detrás de las leyes que la ciencia descubre, permitiendo que el diálogo con Dios, que sustenta la fe, se haga posible. El problema de la mentalidad secularista del desarrollo cultural moderno, y que Puebla y el Concilio destacan, es el de creer que el único nivel de la realidad es el material e intramundano; que no hay derecho a hacer otras preguntas que las que plantea la ciencia. El inquirir por qué no es una pregunta anticientífica: es transc científica, si quieren, porque permite dialogar con Dios a través de la ciencia sin negar las causalidades naturales, pero interrogándose qué quería Dios al permitir que en este instante de la vida estas causalidades funcionaran así y produjeran tal efecto. Son preguntas que el enfermo, el médico, se hacen y que tienen que estar presentes cuando se está investigando. Al descubrir una verdad ella se convierte en diálogo vivo de fe en ese quehacer investigador del médico frente al enfermo. Me he encontrado con el Dios que dirige la historia, que permitió lo que observo. La petición de ese enfermo que lo sane, tan evidente, hace que tenga que tratar de recordar todas las verdades científicas que he descubierto para cumplir ese querer de Dios que yo lo sane, el cual no lo tengo porque el paciente está en mi sala, sino porque Dios me lo mandó y me lo puso ahí en último término a través de las circunstancias que maneja el Dios de la historia. Tenemos que superar la consecuencia de esa mentalidad dicotómica que desintegra la fe y la ciencia con un falso respeto humano, que dice: soy aséptico, neutro, puramente científico, y me guardo mi ser religioso. Hay que respetar evidentemente lo que piensa el enfermo, pero si ese enfermo es cristiano, y veo además el Sagrado Corazón que tiene en la almohada o el rosario y lo noto desesperado —siendo yo cristiano— ¿por qué no le hablo de Dios? ¿por qué no le digo que Dios ha permitido que se enferme por algún motivo? Hay tantas cosas que se pueden decir si uno vive su fe integrada con su vida. Le puede mostrar al enfermo la solución científica y también una solución cristiana.

El otro problema de la cultura moderna es la mentalidad despersonalizante; la ciencia nos ha puesto en las manos una cantidad de instrumental fabuloso, realmente deslumbrante. Los mecanismos con que trabaja la ciencia han permitido este desarrollo tecnológico, con el peligro de que a la persona se la enfrente como un mecanismo. Insertos en un mundo cada vez más lleno de cosas asombrosas, los hombres se sienten cada vez más anónimos, manipulados. El tema de la dignidad humana y de los derechos humanos es un gran pretexto, es la expresión de este ahogo vivido en un mundo asombroso, pero donde el hombre se va sintiendo más pequeño. Primero se sintió un “superdiós” porque generó este progreso, pero este mismo empezó a aplastarlo y lo ha dejado tan pequeño como el enfermo en el hospital, inmerso en todo este aparataje que, como una verdadera liturgia de hospital o templo de la ciencia, minimiza al paciente. Ya hablamos sobre el trato con el enfermo desde el saludo y la sonrisa con que el médico puede decir al enfermo que cree que es una persona, una persona que sufre de una enfermedad y a la cual viene a ayudar como persona, no sólo corrigiendo aquellos mecanismos enfermos, sino viéndola como lo más importante, como sujeto de diálogo. Por esto la salud, pregunto su nombre y le sonrío. El abuso de la técnica, como sucede en esas muertes en la UCI o en la UTI, llenas de catéteres, sondas, maquinarias, nos plantea hasta qué punto eso es humano; si es un progreso de la técnica, es experimentar hasta dónde llega el límite. Las preguntas éticas son muy difíciles de resolver, pero ya hay gente que se está rebelando contra eso. Entre los pobres, por ejemplo, hay una tendencia a morir en la casa, con su gente. Es tan importante que los últimos días los quiera pasar lúcido, con los que lo quieren. Aquí hay un campo que revisar para no caer en la exacerbación de lo técnico, como muchos tratamientos a los moribundos, o la maternidad técnica e impersonal.

Una serie de televisión, que algunas veces he visto, justamente toca problemas muy humanos, como aquél de un médico legista que investiga a una matrona que ayudaba a un médico, quien era culpada por la muerte de una paciente. La defensa de la relación humana en torno al parto fue realmente muy hermosa; como todas las seriales, termina bien, pidiendo un cambio en la legislación para procurar una maternidad más humana. La causa de todo esto es el pensar materialista que impregna las ideologías modernas. Mientras se piensa que el hombre es sólo un conjunto de mecanismos naturales, no habrá otra ayuda que proporcionarle que aquella material y técnica.

La persona se ha ido esfumando. De hecho, yo creo que la dignidad de la persona, la consistencia respecto del valor de la persona, sólo se mantiene en una misión religiosa. Si el sustrato más profundo de la realidad es personal y es de Dios, lo más sólido no es la materia.

El National Geographic hace unos dos años publicó una síntesis de todos los avances logrados en cuanto a la estructura y al origen del universo, escrito por los mejores sabios del mundo. Quedé asombrado de ver cómo han llegado a precisar, después de la gran explosión inicial del big bang, el tamaño del universo contenido inicialmente en una esferita que empezó a expandirse.

Esta mentalidad materialista ha hecho que se vaya debilitando la fe y que se vaya enfriando el amor. Yo sólo puedo amar a alguien que vale y si no creo en la dignidad de la persona, en su dignidad trascendente, creada a imagen de ese Dios personal que está antes de la materia, no me voy a poder en-

tregar con amor; lo seguiré viendo como un conjunto de mecanismos. Para la Madre Teresa de Calcuta, por ejemplo, el gran apostolado es ayudar a morir con dignidad; ella recibe a los pacientes que están muriendo en la calle, porque son pocos los hospitales de Calcuta y no los pueden recibir, ya que no hay nada más que hacer con ellos que dejarlos morir. Aquí, en Chile, las Hermanas de Sor Teresa reclamaron al Hogar de Cristo, porque a la casita que tienen en Batico le estaban enviando gente en muy buen estado. Pidieron que no mandaran este tipo de gente, ya que no exigían tanta dedicación; necesitaban enfermos peores, a los que ya no se puede ayudar. Sor Teresa una vez recogió a un hombre lleno de llagas con gusanos, que emitía olores tan pestilentes que una novicia ayudante no fue capaz de seguir. Ella lo llevó en un carretón y lo atendió en su casa y le lavó las heridas. El hombre, que no hablaba porque estaba agonizando, en un momento sintió que tomaba fuerza y volviéndose le dijo: "he vivido como un perro y ahora muero como un hombre". Ella no hizo nada, estuvo a su lado, lo acompañó y le hizo sentir su grandeza. El, como enfermo, merecía que una persona a quien no conocía lo recogiera y lo acompañara.

En esta línea, no voy a poder prestar al enfermo el servicio de hacerle descubrir su riqueza, si personalmente no he respondido en mi propia vida a las preguntas que él se está haciendo. Si no me he convencido de que soy muy valioso a los ojos de Dios, no podré aceptar que el otro es valioso. Debo convencerme de que Dios me quiere mucho. Debo aprender a ver la mano del Padre detrás de todo lo que sucede a mi alrededor, a trascender más allá de la causalidad científica, a sentir que las cosas son su regalo y que me las da a través de causas naturales. Debo estar siempre agradecido, tomando conciencia de que recibo cariño y que doy gratitud de vuelta, de que aún me siento amado, que Dios está cuidando igual de mí que de los otros. Si creo esto, puedo hablar de ese Dios amor y puedo empezar a entender las respuestas para las preguntas más difíciles que se está haciendo el enfermo. El Papa Juan Pablo II nos regaló este año, para el día de las festividades de nuestra Señora de Lourdes, un documento extraordinario sobre el sentido salvífico del dolor. Dice que el Evangelio contiene muchas cosas importantes acerca del dolor; la palabra evangelio significa buena noticia y ese evangelio contiene la noticia de que el dolor es convertido en buena noticia. Muestra que el poder de Dios es tan grande, que una vez que El permitió que el pecado, que el dolor y el mal entraran en el mundo, El sería capaz de convertirlo en fuente de bien, de crecimiento en el amor, de encuentro con El.

Creo que una primera pista que nos da el Señor es la parábola de la vid y de los sarmientos, la que podríamos llamar, desde este punto de vista, la palabra de la poda. Allí nos muestra que el Padre viñador poda los sarmientos que dan frutos para que den todavía más. La poda es algo normal; a nadie se le ocurriría criticar a la persona que tijeretea el parrón o la señora a sus rosales. Pero el hecho es que se está mutilando, porque la savia de la planta es limitada y si no se la orienta hacia ciertos brotes, que son los que van a dar racimos y flores, se pierde. A Dios le pasa lo mismo con nosotros; nos poda sueños y proyectos, permitiendo que fracasen; nos poda de seres queridos, dejando que se le alejen o mueran; nos poda la salud, consintiendo que caigamos enfermos. Sin embargo, no olvidemos que El es el viñador que poda para que demos más frutos, para que las energías no se nos vayan en ese pro-

yecto. Resulta que el viñador no quería que esa rama creciera; esa rama iba a dar sólo hojas. Tenemos que preguntarnos: ¿qué frutos quiere Dios que produzcamos? Como médicos ustedes imponen tratamientos difíciles, inyecciones dolorosas, remedios malos, ejercicios cansadores y todo eso por el bien del enfermo. Si Cristo hubiera nacido hoy, habría hablado de la parábola del cirujano y habría dicho que, aunque acuchillar es una brutalidad, el abrir el esternón a alguien para arreglarle el corazón le causa un dolor, pero que lo salva. Yo recuerdo, en lo personal, fracasos y enfermedades que de verdad me hicieron crecer. A otros, una enfermedad larga lo detiene en su carrera de loco y redescubre que tiene señora o marido, hijos, y puede reanudar relaciones personales que se habían ido muriendo bajo el inconsciente de sentirse el mejor marido del mundo porque se mataba trabajando por su mujer y sus hijos. Pero su mujer y sus hijos deseaban que no trabajara tanto. Bendita enfermedad, que redescubrió la dimensión de contacto con la familia a otro nivel. ¡Cuántas enfermedades han salvado matrimonios! Entre los presos políticos que hubo el año 73 se arreglaron muchos conflictos matrimoniales gracias a la cárcel, hecho que después el preso reconoció. Andaba metido en política y había olvidado su casa; quería salvar la sociedad y hundía la célula básica de la sociedad, que era su familia.

Si aún no me he planteado ante mi propia muerte, y no he conquistado una actitud creyente frente a ese miedo natural que produce la muerte, ¡qué consolador es ver que Dios haya querido hacerse hombre y vivir la angustia de la muerte, que se le acercaba en el Huerto de los Olivos! Con ello nos dijo “no tengan vergüenza de sentir miedo ante la muerte; no tengan vergüenza, es natural y es normal”. Frente a ese miedo debemos tener una fe que nos permita enfrentarla.

Bueno, el valor santífico del dolor me recuerda ese texto increíble del juicio final, en que Cristo nos da a entender que nos va a juzgar por la relación que hayamos tenido con el prójimo. El amor a Dios, la verdad de nuestro amor a Dios se va a medir por nuestro amor al prójimo, al prójimo necesitado: “Venid, benditos de mi Padre, a mi derecha, a gozar del reino que se está preparando desde el comienzo del mundo, porque cuando tuve sed, cuando tuve hambre, cuando estuve enfermo, tú me socorriste y ayudaste”. El Señor dice: “Cada vez que eso hicieron con uno de estos mis hermanos pequeños, fue como si lo hubieran hecho conmigo”. El Dios que se hizo hombre no sólo se identifica con los hombres en general, sino que en toda la historia de Jesús hay una voluntad clara y manifiesta de identificarse con el hombre que sufre. Quiere nacer como un niño abandonado en una cueva, quiere morir en el suplicio más vergonzante que tenía la legislación romana. Había sido profetizado como un varón de dolores. En esa parábola del juicio final está presente misteriosamente en cada hombre que sufre. Qué importante es para el médico que esté Cristo en cada hombre que sufre; el dolor de cada hombre es prolongación de la pasión de Cristo y ayudar al enfermo es ayudar a Cristo. El me está solicitando la mano desde el dolor del hombre. Aun para los enfermos desahuciados, qué importante es decirles que en su dolor le está acompañando el Señor, que está participando de su pasión, que si es cristiano puede conversar con El. Si le regala sus dolores y los asocia al suyo en la cruz, adquieren valor redentor. Con esto se supera una de las grandes frustraciones del enfermo en este mundo utilitarista; el hombre llega a

creer que sólo vale la pena lo que hace y aquello por lo que rinde; el drama del enfermo es llegar a pensar “soy un inútil y una carga”. El dolor, convertido en don de amor unido al amor con que Jesús ofreció su pasión, adquiere poder salvador; el dolor no puede perderse, porque el dolor ofrecido por amor tiene fuerza redentora. En el cielo veremos cómo fue de eficaz y nuestro dolor, unido al de Cristo —decía San Pablo—, completa en nuestros padecimientos lo que le faltó a la cruz de Cristo, que sigue sufriendo en sus miembros. ¡Cuánta riqueza de fe tenemos para iluminar al enfermo, si vemos las cosas así! Se invierte la parábola del buen samaritano, en que Cristo era el buen samaritano frente al enfermo, y nosotros con Cristo los buenos samaritanos. También puede ser que el que está herido y botado en el camino es Cristo y es el enfermo quien me llama a bajarme del caballo a acercarme y aliviarlo. El poseer una fe así puede hacer vivir simultáneamente el quehacer científico profesional y un diálogo permanente con Dios, para que El se convierta en compañero de ruta y nos habilite para ofrecer al paciente no sólo riquezas científicas o técnicas, sino que humanas y religiosas.

¿Cómo implementar las instancias pastorales en la Universidad? ¿Qué posibles cursos de religión y de pedagogía pastoral frente al enfermo habría que dar a los médicos para que no olviden el convivir con Dios en el ejercicio de la profesión y puedan ser evangelizadores, convencidos de que las dos cosas no se oponen y que el mejor creyente tiene más energías y pistas para ser el mejor médico?

El Cardenal Newman decía que cuando hay contradicciones entre la fe y la ciencia, o es porque la ciencia está errada, o estamos entendiendo mal los datos de la fe, pues el mismo Dios lo hizo todo y Dios no es esquizofrénico. No se contradice. Las verdades tienen que ser convergentes y armónicas. Después de Darwin es evidente que la cosa va por el lado de la evolución. Bien, la Iglesia dice que el barro es la materia prima que el ya existente Dios hizo de la nada, es decir, tomó algo que ya existía, implicando un importante salto evolutivo. Lo importante es la intervención de Dios, y eso basta y se salva la fe.

Existen muchos otros desafíos pendientes; por ejemplo, uno de ellos es el problema de la regulación de la natalidad. Hace unos días me encontré con un médico especialista en el área, quien —hasta que la Iglesia lo llamó a la Comisión Pastoral Familiar— era un convencido de las ventajas de los anti-conceptivos y nunca había tomado en serio la idea de pensar en otra línea. Cuando la Iglesia lo llamó como médico y católico y le encargó tratar de averiguar hasta qué punto es científica la postura de la Iglesia, se sintió comprometido a hacer un esfuerzo; empezó a quedar sorprendido de lo que iba descubriendo en las diferencias entre la vida conyugal de la pareja que aceptaba un método natural y la que no lo hacía. El aceptar el método natural significa compartir la responsabilidad, enfrentarla juntos, con obligación de diálogo e intercambio. Una de las personas que trabaja con este médico dirige un grupo de parejas en La Pincoya; le correspondió visitar allí una casa que más bien no era tal, sólo un rincón. En esa pieza, la más miserable de toda la población La Pincoya, vivía la pareja. Era una pieccecita de tres por tres metros, hecha de cartones, y al conversar con ellos y preguntarles qué significaba la experiencia de seguir un método natural, él respondió que eso era el símbolo de su dignidad de personas. “Somos los más pobres, pero usted es la

única persona que nos ha ayudado a sentirnos personas y por ello no le fallaremos. Asistiremos siempre, porque sentimos que somos señores de nuestra sensualidad. En todas las demás cosas nos ganan los otros, tienen más que comer y más que ponerse, pero nosotros estamos seguros de que vivimos como personas humanas y no dependemos de nuestros instintos; hemos sido capaces de ponernos al servicio del amor”.

Hay tanta gente que parece humana por fuera y que vive en su sexualidad sin refrenarse, que al fin no son señores de sí mismos.

El problema demográfico, que es la otra punta del asunto, es muy complicado, pero a quien se embarca creyentemente en una pista, podría encontrar más de lo que cree. ¡Hay que fortalecer la fe de los estudiantes, de los estudiantes de medicina y después de los académicos! ¡Hay que estar en contacto con Dios, y qué difícil es el contacto con Dios sin comunidad! ¿Hasta qué punto la Escuela de Medicina, en sus distintos niveles, debería tener el carácter de una comunidad cristiana, o sea, un conjunto de comunidades cristianas en sentido horizontal, más que vertical? Un médico, en un encuentro de médicos que hubo en el Santuario Schönstatt, contaba cómo se propuso ser hermano del portero y de la auxiliar del servicio; cómo se ha creado así una relación de grupo muy interesante. Esta gente, en las pausas del trabajo, le mandan como recado que su café está listo; baja a la cocina y conversa diez minutos con la auxiliar en una relación distinta. El es médico, pero es un médico hermano; se bajó del caballo.

Un mal trato para el enfermo suena cruel, pero a la auxiliar que está sana a lo mejor se la trata de manera brutal, y eso no se valora porque ella no está a cargo del médico. Debemos propender a una comunidad que nos apoye y hacer del personal de un Hospital, como el de la Universidad Católica, un personal donde se note ese ambiente de fraternidad.

Cristo dijo: “Amense unos a otros, para que el mundo crea en el testimonio del amor colectivo”.

NOTA BIOGRAFICA

Padre Hernán Alessandri Morandé. Nació en Santiago el 22 de febrero de 1935. Cursó sus estudios secundarios en el Colegio de los SS.CC. de Santiago. A continuación estudió Derecho en la Universidad de Chile.

En 1957 ingresó al Instituto Secular de los Padres de Schoenstatt, realizando su formación sacerdotal en Chile, Brasil y finalmente en Suiza, en la Universidad de Fribourg, donde obtuvo sus grados académicos. Allí mismo fue ordenado sacerdote en diciembre de 1964. Retornó a Chile en 1965, desempeñándose desde entonces en múltiples tareas, tanto directamente pastorales como de consejería teológica.

Actualmente reside junto al Centro Pastoral del Santuario de Schoenstatt (La Florida, Santiago). Se desempeña como Profesor de Ecclesiology en el Seminario Pontificio de Santiago. Es miembro del Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) y Consultor del Consejo Pontificio para la Familia, en Roma. Asesora teológicamente a la Comisión Nacional de Pastoral Fami-

liar del Episcopado chileno. Fue llamado a participar como teólogo y redactor en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (México, 1979). El Santo Padre Juan Pablo II lo ha llamado como consultor teológico, en Roma, para el Sínodo Episcopal de 1983 y ahora, 1985, para el Sínodo Episcopal extraordinario que revisará la aplicación a nivel mundial del Concilio Vaticano II.

De sus publicaciones nacionales e internacionales, podemos destacar: “Evangelización y dinámica cultural en América Latina”, en colaboración (Bologna, 1983); “Hacia una Teología de la comunicación en América Latina”, en colaboración (Bogotá, 1983); “El futuro de Puebla” (Buenos Aires, 1980), traducido al portugués y al italiano; “La familia a la luz de Puebla”, en colaboración (Buenos Aires, 1980); “Al encuentro del Dios de la vida” (Santiago, 1982); “Nuestra vida de Alianza con Dios” (Santiago, 1983); “Nuestra misión, ser alma del mundo” (Santiago, 1984); “Fe y vida matrimonial” (Santiago, 1983); “Familia e Iglesia” (Santiago, 1984).